

OLIPHOTH

A black and white photograph of a dense forest. The image is filled with the intricate patterns of tree branches and leaves. Sunlight filters through the canopy, creating a dappled light effect. The overall mood is serene and natural.

Javier Álvarez Mesa

José De Ambrosio

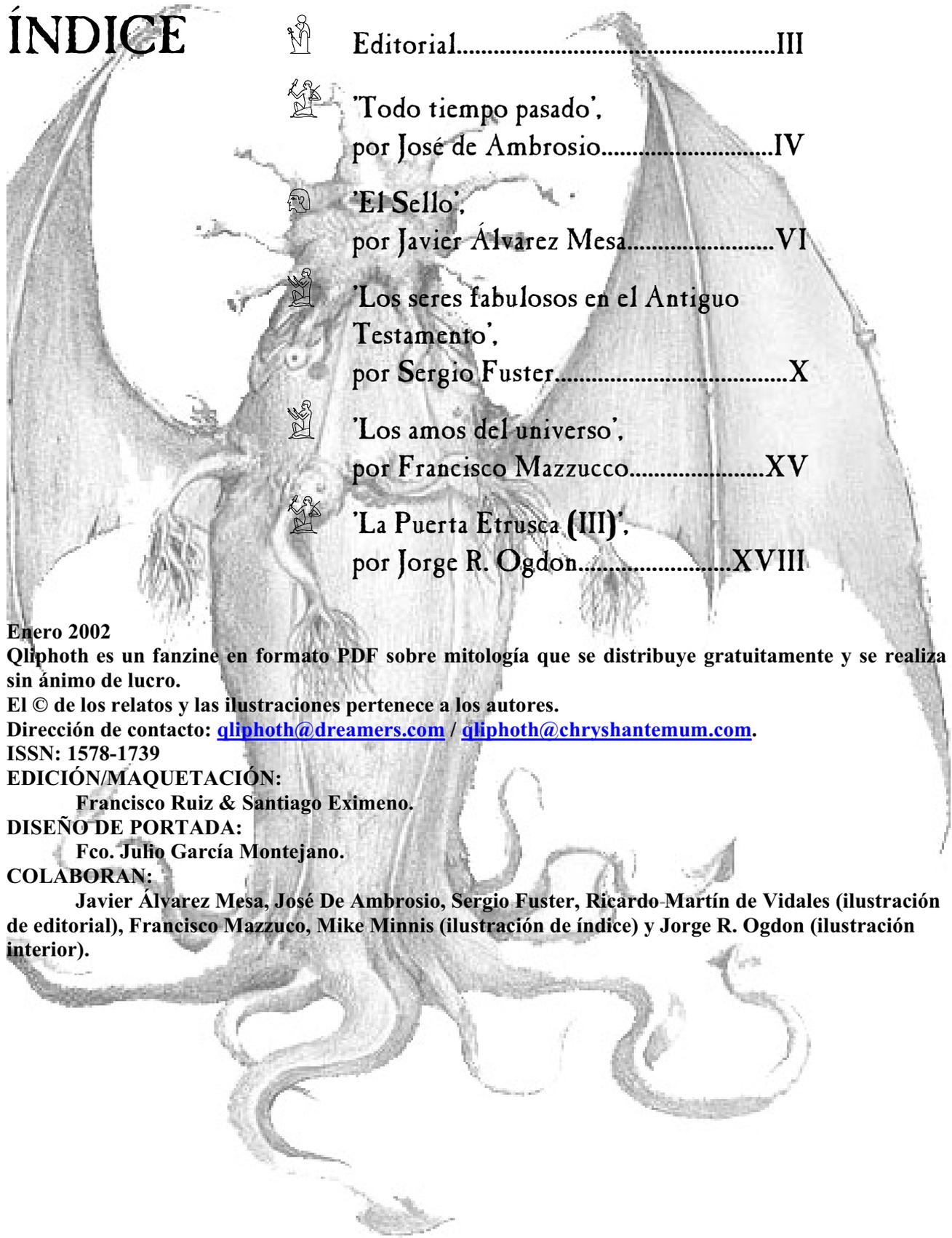
Sergio Fuster

Francisco Mazzuco

Robert J. Ogdon

5

ÍNDICE



	Editorial.....	III
	'Todo tiempo pasado', por José de Ambrosio.....	IV
	'El Sello', por Javier Álvarez Mesa.....	VI
	'Los seres fabulosos en el Antiguo Testamento', por Sergio Fuster.....	X
	'Los amos del universo', por Francisco Mazzucco.....	XV
	'La Puerta Etrusca (III)', por Jorge R. Ogdon.....	XVIII

Enero 2002

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@dreamers.com / qliphoth@chrvshantemum.com.

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Fco. Julio García Montejano.

COLABORAN:

Javier Álvarez Mesa, José De Ambrosio, Sergio Fuster, Ricardo-Martín de Vidales (ilustración de editorial), Francisco Mazzucco, Mike Minnis (ilustración de índice) y Jorge R. Ogdon (ilustración interior).

EDITORIAL

¿Mitos?

mito¹.

1. m. Narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico. Con frecuencia interpreta el origen del mundo o grandes acontecimientos de la humanidad.
2. m. Historia ficticia o personaje literario o artístico que condensa alguna realidad humana de significación universal.
3. m. Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima.
4. m. Persona o cosa a las que se atribuyen cualidades o excelencias que no tienen, o bien una realidad de la que carecen.

Así es como el Diccionario de la Real Academia Española define el centro de nuestro fanzine. Analicemos uno a uno los diversos significados.

El primero nos habla de algo 'maravilloso', situado 'fuera del tiempo' y cuyos protagonistas son mucho más que humanos. Sólo los dioses o héroes (hombres que destacan con luz propia respecto a sus congéneres) son el centro de un mito: hemos de tener muy en cuenta ese detalle. Además, tales personajes interactúan en algo tan grandioso como cosmogonías o acontecimientos de dimensiones sublimes. Nuevamente llegamos a un plano muy distante de la realidad cotidiana de cada uno de nosotros. Así, la primera definición de mito es, en resumen, la representación de una realidad tangente, si no paralela –en el sentido de que nunca conecta-, a la nuestra.

Vayamos a la segunda definición: aquí ya de entrada entramos en el terreno de la ficción, aunque esta vez para significar, de manera más o menos abstracta, una realidad tangible. Nuevamente el mito se disocia de la realidad con el velo de la fantasía, mas esta vez ya no es paralela, sino que tiene un componente tangencial.

Es únicamente en las dos siguientes cuando el mito toma contacto nuestro mundo, pero curiosamente la primera de ellas a través de algo tan subjetivo como el cariño, y la segunda mediante la propia negación de la realidad (mito es en esta cuarta definición el atribuir algo falso a algo verdadero).

Como hemos visto, la relación entre mito y realidad está precisamente en su oposición. De la realidad y sus limitaciones germina lo mitológico. Hay en nuestro mundo, concretamente en la naturaleza humana, hay una predisposición a ampliar lo cotidiano con pinceladas de fantasía, de mito, creando así ya sea esperanza, temor o sencillamente extravagancia. El objetivo, en definitiva, sería decorar lo mundano para hacerlo más atrayente.

Ésta ansia por ampliar la realidad con otra inventada ha sufrido en los últimos tiempos un fuerte crecimiento. El principal objetivo de ese ensalzamiento no ha sido sino personas, deificadas y alzadas a la categoría de mito.

Mito o ídolo. Son éstas dos palabras cada vez más asociadas a personas o grupos de individuos. Bien podría ser que este nuevo uso del término mito coincidiese con la cuarta acepción de mito... mas para eso sería necesario que realmente el sujeto o sujetos hubieran realizado auténticas proezas como las indicadas en esa acepción. Estamos en una época en la que, gracias al acceso popular a los medios de comunicación, los espíritus afines de los más remotos lugares del mundo puedan encontrar a sus semejantes. Eso se suma a la necesidad casi biológica del hombre por encontrar un guía, un líder al que seguir e imitar. De esta manera nos encontramos con que los más variados colectivos han entronizado a algunos de sus semejantes, incluyéndolos en una especie de panteón pagano y variopinto.

Ejemplos de esto lo encontramos en prácticamente todos los aspectos de nuestra sociedad, tanto en la occidental como en las demás. Ocultistas y grupos musicales que hablan y casi idolatran a individuos como Alistair Crowley o LeFay, siguiendo sus 'doctrinas'. Físicos que consideran a un genio como Einstein, no sólo por su indiscutible legado intelectual, sino porque incluso ahora, casi un siglo después de su presentación de la Teoría de la Relatividad Especial, aun hay conceptos que nadie comprende. En el caso de actividades más populares los ejemplos se multiplican: en la música hay auténtica idolatría por autores ya fallecidos como Jim Morrison o Jimmy Hendrix.

Como ya hemos dicho, esto no son nada más que ejemplos. Es muy fácil encontrar en la mayor parte de los aspectos de la sociedad a una o varias personas entronizadas, alzadas a una gloria que puede llegar al mito gracias a la exageración. Es en este aspecto donde podemos estar ante una nueva generación de mitos. Porque ya ahora se está empezando a asociar la fantasía a la realidad.

Mitos de ahora, ¿realmente mitos, ahora, o mitos... para el futuro?

Los Editores.

Todo tiempo pasado

Por José de Ambrosio

Mi ánimo no era bueno esa noche.

Prematuros fríos otoñales endurecían mi cuerpo. Caminaba deprisa por el suburbio de la pequeña ciudad, eludiendo perros crepusculares y más adelante oscuros gatos nocturnos; la torpeza de alguno me hizo trastabillar.

Sin pensarlo exclamé:

–¡Por Zeus!

Dos metros más allá una sombra se escindió de las sombras para formar una silueta humana.

–¿Qué deseas, hijo?

Un anciano bloqueaba mi paso. Le concedí una mirada fugaz; no parecía un pordiosero, vestido con un discreto traje azul un poco anticuado. Una barba corta y cana enmarcaba prolijamente su rostro.

–Me invocaste. ¿Qué quieres? –insistió.

–¿Y usted quién es? –repliqué, en veloz contraataque.

–Zeus, por supuesto.

Un insano. A estas horas y yo de malhumor.

–Oiga, señor –traté de avanzar, pero él, como distraído, se desplazó cortando la maniobra– debo irme, así que si algo puedo hacer por usted...

–No te confundas, hijo, me has convocado y yo acudí. Eso es todo. Si desistes, regreso al Olimpo. En verdad –suspiró– anhelaba ser útil a alguien ¡Hace siglos que no me llaman!

Me resigné, de estos contratiempos no se escapa con facilidad. Para entretenerme, varié la estrategia.

–Está bien, Zeus, lo mencioné por descuido. Tal vez fuera más apropiado denominarlo Júpiter.

En la penumbra el llamado Zeus encendió su rostro y un verdoso brillo fosforescente tornó hacia el rojo furioso; un halo amarillento que se disolvió en tinieblas lo envolvió unos instantes. Debo haber compuesto una imagen curiosa con los ojos dilatados. No se trataba de ordinarios trucos de nigromante; conozco de esto.

–¡No me lo nombres! No es más que una

réplica imperfecta y pretenciosa que modelaron en el Lacio los descendientes de Eneas. Sabrás los efectos del poder político; he tenido que soportar con humillación que algunos diccionarios infames me definieran como el nombre griego de Júpiter. ¡Qué disparate! Yo soy el Unico, el hijo de Cronos y Rea.

Había elevado gradualmente el volumen de su voz. Con disimulo miré alrededor; por fortuna sólo gatos y perros nos contemplaban inexpressivos.

–¡Y Soy el dueño del rayo! –Su índice derecho disparó una estrella fugaz que se incrustó en un eucalipto cercano. Percibí un vago olor a quemado.

–Es una minicarga que utiliza la disociación de las fuerzas nucleares, con emisión cuántica de energía –ilustró socarrón.

Mi escepticismo tambaleaba. Evalué, aún desconcertado, invitarlo a un café: la liturgia griega, supuse, no vedaría esas banalidades.

–Los hombres han sido muy injustos conmigo –se quejó Zeus luego del café y un coñac que ordenamos en un bar de las cercanías –, cuando Grecia perdió influencia política me abandonaron en un galpón de antigüedades, ya ni siquiera figuro en las enciclopedias dentro de las religiones sino en mitos y leyendas. De rey del Olimpo a fantasma mitológico. Sic transit gloria mundi.

Abatió su cabeza. Examiné con un dejo de compasión el noble semblante apesadumbrado. Para despejar su nostalgia, cambié de tema.

–Lo figuraba envuelto en una túnica, señor, unas sandalias, tal vez una corona de laureles.

–Ah, ignaro, ¿no sería estafalario ir así vestido por la vía pública? Los dioses tenemos nuestra dignidad –sonrió sin ironía.

La oportunidad era perfecta para indagarlo; por su categoría divina debía almacenar todas las respuestas. Los arcanos del universo a mi alcance.

–¿Qué me dice de la multitud de dioses que los pueblos adoraron, desde el Amón

faraónico al Manítú del búfalo y las praderas?

Cabeceó con amargura.

—No opinaré sobre competidores. Sólo te diré que designé a Jehová como Mi Comisionado en Palestina, y ya ves la fortuna que tuvo. Se lo disputan tres religiones populosas —indicó con desdén—. Para estas zonas designé a un tal Toquinche o Chachao, tal vez lo conozcas.

Ignoraba yo la mitología indígena, así que desvié la vista. Con amabilidad convidé con un nuevo coñac a Zeus, que aceptó de inmediato.

—Ah, no es malo, no es malo —dijo saboreándolo—, pero ni el poso de aquellos buenos vinos de Corinto, o de los que colmaban las ánforas cretenses. Nunca podrá existir nada como los olivos y viñedos de la Hélade, tapizando la tierra, dando cuerpo a la alegría— su voz sonaba un poco pegajosa.

Con insincero orgullo local le espeté una perorata sobre los vinos cuyanos y cafayateños. Ni simuló escucharme; bamboleaba bovina su cabeza en lento péndulo de negación. Reflexioné que la ocasión de dialogar con un dios no debía diluirse en estólidlos localismos. Traté de lograr alguna ventaja: le solicité, como al descuido, consejos para el amor.

—Mirá —ya extraviaba su correcto castellano— esas cuestiones no son, como sabrás, de mi incumbencia sino de Afrodita.

Sonrió, como recordando.

—Más allá de ocasionales andanzas que adquirieron cierta fama y me costaron disgustarme con Hera, pero ofrecéme otra copa y te voy contando.

En los dilatados minutos siguientes me atosigó con métodos desatinados que incluían tocar flauta trasversa, transportar doncellas al bosque, acudir a complicidades de faunos. Descubrí con desaliento que ni el mismísimo Zeus obtendría éxito ahora con esos cortejos absurdos e intenté por otro flanco.

—¿Y para lograr buenos negocios? ¿Hay que tratar con Mercurio, verdad?

—Hermes, Hermes. Pero ni una docena de Hermes podrían ayudarte a lograr honestas ganancias por estas épocas —creí advertir en sus ojos un poco vidriosos un brillo mordaz—. Ahora recuerdo que allá en el Olimpo habita un dios, o al menos un semidiós que has de conocer; llegó hace ya unos años. Carlos Gardel. Han hecho gran amistad con Orfeo, componen música lírica para

las deidades.

No disimulé la admiración.

—No te extrañen las incoherencias, después de todo acá mencionan los vínculos culturales, consideran a Grecia la cuna de la civilización. La Civilización Occidental y Cristiana pregonan, y adoptaron una religión oriental. No quiero quejarme, pero advertirás que todo es el fruto de intencionada publicidad, han tenido otros mayor fortuna. Los valores, acá en la Tierra, han sido impuestos por los poderosos.

La idea no destilaba originalidad, proviniendo de un dios.

—Coincidirá conmigo que nunca logró una apreciable expansión territorial, su divinidad quedó encerrada en los límites de la Magna Grecia —le enrostré con malignidad.

Habré rasgado su autoestima, porque se irguió en la silla, pareció crecer e iluminarse hasta el punto que debí advertirle que suspendiera sus pavoneos para no alertar a los extraños.

—Alejandro me paseó por toda el Asia, de Susa a Hecatómpilos, de Bactriana a Sogdiana, hasta la India llegamos.

—¿Y por qué la decadencia?

—Comenzó con Tales de Mileto, el primer científico —aclaró con sorna—, que trató de justificar al universo prescindiendo de los dioses. Un hereje. Pero, es increíble, el mal se perpetuó hasta el presente. Las universidades predicán nociones extravagantes, alientan la creencia irracional en estrellas neutrónicas, quasars, agujeros negros. Ignoran los fundamentos de la realidad: la Vía Láctea por ejemplo no es otra cosa que la leche derramada de Hera, mi esposa. Por suerte, otras religiones mantienen las verdades de la revelación, exclusiva fuente de conocimiento; lo único que lamento es que no sean las mías.

La conversación decaía. Tres coñacs adicionales hicieron farfullar incoherencias al viejo, en una mescolanza de aqueos y cretenses, Ilión y Micenas, hoplitas, Palas Atenea y Homero; desplegabá sus miserias de divinidad fracasada. Dejó de interesarme; con cierta frialdad inventé alguna excusa apenas cortés y me despedí del olímpico.

Debí confeccionar con premura dinero falso para abonar la consumición. Los dioses, oh nostalgia, ya no son lo que eran antes.

Si lo sabré Yo, Osiris.



**UNA MAÑANA DE SEPTIEMBRE
DESCUBRIMOS
UNA TUMBA
ABIERTA.
EL SUEÑO
DE LOS
MUERTOS
PERTURBADO.**



**EN LOS
PERIÓDICOS
DIJERON QUE
HABÍA UNA
TUMBA
PROFANADA
EN CADA
CIUDAD DEL
MUNDO.**

**EL FIN DEL
MUNDO,
DIJERON.**



**FUIMOS A VER A
NUESTRO AMIGO
HUGH TOVELEZ,
DOCTOR EN
HISTORIA.**



**ESTUVE INVESTIGANDO
VIEJOS MITOS, NOS DIJO**



**EL HORROR SERÁ
INDESCRIPCIÓN, AMIGOS,
AFIRMÓ.**

**EN ESE INSTANTE
COMENZÓ A
LLOVER FUEGO
SOBRE LA CIUDAD.
¡EL FIN DEL
MUNDO!**



**ALGO
PODREMOS
HACER,
LE PEDIMOS
MIENTRAS
LA REALIDAD
HUÍA.**

**NO QUEDA TIEMPO PARA
VOLVER A CERRAR EL
SELLO, DIJO; Y SE VOLÓ
LA TAPA DE LOS SESOS.**



**EL SELLO,
¡EN EL
OCÉANO
PACÍFICO!**

**NAVEGAMOS SIGUIENDO
INDICACIONES DE
ARCAICOS LIBROS.**



**TENIAMOS
POCO
TIEMPO.**



**UNA VEZ EL DIOS
YA ESTABA FUERA,
SÓLO UN SACRIFICIO
HUMANO LO DEVOLVERÍA
A LOS ABISMOS
CÓSMICOS.**



**AL MORIR LIBERARÍA
MI ALMA QUE SE
CONVERTIRÍA EN
EL NUEVO
SELLO.**



**LOS LIBROS
NO LO EXPLICABAN
TODO. MI
ESPÍRITU TUVO
QUE LUCHAR CON
EL DIOS.**

**LE TENDÍ UNA TRAMPA;
UNA ETERNA OSCURIDAD
PARA MI ALMA
SERÍA EL SACRIFICIO.**

**PERO LO CONSEGUÍ, LO ARRASTRÉ CONMIGO A LO
HONDO DEL AVERNO**

**¡IMMANN
EZQUEL
CTHULHU!**

Los seres fabulosos en el Antiguo Testamento

Por Sergio Fuster

Desde tiempos inmemoriales, los hombres han tratado de explicar su lugar en el cosmos mediante relatos que narran las relaciones entre los dioses, los hombres y la naturaleza. Al igual que los arqueólogos hoy, los antiguos creyeron ver en osamentas, ciudades en ruinas y monumentos megalíticos la presencia de extraordinarias civilizaciones anteriores, de pueblos desaparecidos; quizás antes del diluvio.

En otras palabras, los restos esqueléticos de animales prehistóricos o algún inmenso levantamiento de factura humana, hizo que el imaginativo mundo mitológico de los pueblos antiguos se poblara de fantásticos seres. En Grecia se tuvieron estos hallazgos por restos de dragones, gigantes, cíclopes o centauros muertos. Pausanias dijo que un esqueleto de diez codos fue desenterrado en las inmediaciones de Mileto y era la osamenta del héroe homérico Ajax. Empedocles, filósofo presocrático, creyó ver en los restos de un elefante hallado en Sicilia los huesos de Polifemo(1).

Algo similar pasó entre los hebreos. Josefo, historiador judío del siglo I a.C. nos cuenta de un emplazamiento antediluviano llamado “Siris”. Allí “los hombres levantaron dos columnas, una de adobe y otra de piedra”, en ambas tallaron curiosos descubrimientos astrológicos: “para que si incluso desapareciera la de adobe por el diluvio, permaneciera la de piedra y permitiera (...) conocer el texto de la inscripción. Y permanecen hasta el día de hoy” (Antigüedades Judías, libro I, Sec. 67).

Muchos de los “lugares altos” de los que nos habla la Biblia como santuarios del panteón fenicio, tenían un megalito enhiesto cuyo constructor era probablemente desconocido(2). En Génesis 35:22 se menciona la torre de Eder, un levantamiento que posiblemente existió antes de la llegada de los israelitas.

La vasta literatura hebrea no se limita a los textos bíblicos, sin duda tuvieron una producción de obras muy abundante contemporánea a los escritos sagrados. “El libro de las generaciones de Adán” o “El libro de las guerras” son un ejemplo de ello y probablemente hayan tenido un alto contenido mitológico; pero lamentablemente estas fuentes y sus ideas parecen estar perdidas. ¿Por qué no han sobrevivido estas expresiones en la Biblia? Una de las razones es que las Sagradas Escrituras se consideraban inspiradas divinamente, y por lo tanto, había que eliminar de ella cualquier mácula del politeísmo(3). Los hagiografos, concentraron sus esfuerzos en proteger la pureza del concepto de Dios, como posteriormente hicieron las escuelas teológicas; realizando una explicación refinada y librada de todo paganismo. El culto sin imágenes del pueblo judío, contenía una postura negativa al sistema de estatuas y símbolos que hallan su expresión en el mito(4).

En los estratos del Antiguo Testamento, solo se puede encontrar insinuaciones de su riqueza mítica perdida. El “libro de Yahvé” mencionado en Isaías 34:16, probablemente fue un bestiario mitológico(5). Gigantescos monstruos híbridos o semidioses, se dejan entrever en su tradición escrita como sugeridos detrás de un velo. Por lo tanto, en nuestro artículo, vamos a tratar de rescatar algunos de estos seres que formaban parte del antiguo folklore hebreo pero que por razones religiosas han sido deliberadamente suprimidos.

LEVIATAN Y LOS MONSTRUOS MARINOS

En la Biblia hebrea, aparece seis veces un curioso personaje llamado Leviatán (Heb. Liw-ya-than). No se sabe con certeza que significado tiene esta palabra, por lo que la mayoría de las versiones la transliteran. Su raíz da la idea de algo sinuoso o que forma pliegues como si fuera una guirnalda(6). Rahab, traducido como el “acometedor”, parece tener una función similar.

Según Job 3:8 y Salmos 104:24,26, relacionan a estos animales con seres acuáticos de grandes proporciones que serpenteaban en las aguas donde navegaban los barcos. Las tradiciones judías medievales, adornaron estas menciones. Narran que de su boca salía fuego y que su nariz humeaba. Sus ojos irradiaban luz brillante y vagaba a voluntad sobre la superficie del mar, dejando una estela resplandeciente a su paso. Ninguna de las armas del arsenal humano podría traspasar sus gruesas escamas(7). Otra versión cuenta que cuando Dios crea a los peces permite a Leviatán, monstruo de muchas cabezas, gobernar al mundo marino sentado sobre una

enorme piedra; solo el ángel Jahael pudo domesticarlo.

En el caos primitivo, Dios le dio muerte tanto a Leviatán como a Rahab. Esto nos retrotrae a varios mitos babilonios en los que encontramos al dios Marduk venciendo al caótico monstruo Tiamat. En Ezequiel 29:3 y 32:2 para designar a esta culebra gigante, se usa el término “Tan-min”, de la raíz acadia Tiamat y del árabe Tahama, que significa “hediondo”. Este concepto pudo haber sido reforzado por el fenómeno de una ballena varada; pues dichos animales exhalan un hediondo olor después de muertos(8).

¿Es posible que los hebreos hallan visto el caos primordial como monstruos marinos? Si bien, eran ideas ya establecidas en la era cristiana, no lo era así en la antigüedad. La mayoría de los textos bíblicos hablan de Leviatán y de Rahab como un cocodrilo y estos conciben con la descripción que se halla en Job 41:1-34(9).

A este reptil se lo relaciona simbólicamente con Egipto. En una estela en honor a Tutmes III se lee: “Permití (hablando de pueblos vencidos) contemplar vuestra majestad en el aspecto de un cocodrilo temido en las aguas y a las que ningún hombre se atreve a acercarse”.

Los cocodrilos eran adorados en Cocodrilópolis, Ombos, Copto y Tebas, sus momias se han encontrado en varios cementerios comunes. Según Plutarco, se creía que estos reptiles ponían huevos en el punto exacto donde acontecería la próxima crecida del Nilo. Estos “monstruos” han sido vistos en Palestina hasta el siglo XIX. En una estela gnóstica de Cesarea, muestra el momento de cazarlos. Diodoro Sículo relata que los atrapaban con anzuelos y los mataban con horquillas de hierro.

El Behemoth, también era un animal terrible, como Leviatán, pero terrestre. Según las tradiciones midrásticas, pastaba en el país de las mil montañas y bebía del río de Edén. A este ser fabuloso, se lo relaciona con el hipopótamo. Diodoro y Plinio hablan de él considerándolo similar al cocodrilo. Herodoto cuenta que el hipopótamo era adorado en Egipto como la esposa de Set, el enemigo de Osiris, ya que causaba cuantiosos daños a las cosechas; quizá por ello, para la época romana estaba casi extinto.

Las aguas y las serpientes estaban relacionadas con los símbolos zodiacales. En Grecia, Océano, a quien Hesíodo hace el mayor de los titanes, se lo representaba con una serpiente rodeando la tierra; como si “circulara” el firmamento. Su aspecto se muestra en las monedas de Tiro y los sellos hititas, donde el grabado lo muestra con siete cabezas, similar a la imagen bíblica en Salmo 74:4(10).

El grabado de una serpiente mordiéndose la cola y formando un círculo, era el emblema del sello de Salomón, usado en las sociedades teosóficas(11). Esta representación aparece en un bajorrelieve en la tumba de Tutankhámón, como rueda que garantiza la rotación cíclica de las energías(12).

EL SIMBOLO DEL DRAGON ALADO EN LAS ESCRITURAS

El Dragón, como grifo vigilante, observador, es común en casi todas las mitologías. Tiene una relación con el “Daimon”, como fuerza espiritual, de ahí su asociación con el fuego. Casi siempre es un guardián, descansa en los lugares vedados a los hombres, cuidador de lo divino y de lo que es realmente valioso(13).

Quizás, nos sorprenda saber que en la Biblia, aparecen reminiscencias de dragones que lanzan llamas.

Cuando Dios expulsó a la primer pareja del jardín sagrado, apostó en sus puertas a dos centinelas alados. Eran querubines, ángeles de alto rango, con una espada de fuego como símbolo de destrucción a quien se atreva a acercarse. La función: proteger el camino para que ningún mortal acceda a la vida; simbolizada en el árbol.

¿Cómo era su aspecto? Por otros pasajes, como por ejemplo la profecía de Ezequiel, lo podemos deducir. En esta versión, se muestra a los querubines con cuatro caras y cuatro pares de alas, cada una mirando a los cuatro extremos de la tierra, y reflejando las cualidades de Dios. Una cara era como de un Hombre, símbolo de su amor superlativo; otra como de un águila, representando la visión aguda de su sabiduría; el león, como emblema de su justicia divina y el toro como figura de su tremendo poder completaban el otro par.

Estos iconos alados, estuvieron tallados en la cubierta del Arca de la Alianza y con toda probabilidad al pie del “Menorah” (Candelabro de siete brazos que iluminaba el recinto del segundo templo postexílico, Siglo IV a. C.); según la representación en el bajorrelieve del Arco de Tito.

Otra posible interpretación, es que estos dragones grabados en el candelabro simbolizaran a los Leviatanes primordiales o monstruos marinos formados en el quinto día creativo. Y según la mención de Josefo

y Filón cada uno de los siete brazos representaba la totalidad de la semana creatural(14).

LOS GUEBORIM Y LOS SEMIDIOSES HEBREOS

Los semidioses, son seres producto de la unión sexual de un dios con una mortal. En la mitología griega, Zeus era todo un seductor y llegó a tener muchos hijos ilegítimos con una gran diversidad de amantes. El mismo Aquiles tenía ascendencia mitad divina y mitad humana. Los árabes creían que los “djimns”(especie de daimon), podían seducir y aparearse con las mujeres engendrando prole(15). Existe evidencia documental, que dicho pensamiento existía también entre los egipcios, ugaritas, hurritas y mesopotámicos(16).

En el Génesis, existe un pasaje con una interpretación similar: “Los Nefilim existían en la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas daban a luz hijos: estos fueron los héroes (heb. Guiborim) de la antigüedad, hombres famosos en la tierra” (Génesis 6:4. N.B.J.).

El observar como los cronistas antiguos entendían este oscuro versículo, muestra que detrás de él, existe una fuerte tradición mítica. Eran interpretados como dioses y mujeres que daban a luz una prole de “gigantes” (V.V.), Nefilim o guiborim.

Josefo, nuevamente nos dice: “En efecto, muchos ángeles de Dios copularon con sus mujeres y engendraron hijos soberbios y desdeñosos de todo lo bello(...) y es que estos, según la tradición cuenta, cometieron iguales desmanes que los atribuidos a los gigantes griegos” (Antigüedades Judías Libro I, sec 72)

El targum de Onkelos y Jonatan (datos recogidos de explicaciones posteriores al exilio en forma de comentarios), tienen una interpretación similar, dicen: “fue cuando los hijos de los hombres comenzaron a multiplicarse(...) e hijas hermosas les nacieron; y los hijos de los grandes vieron que las hijas de los hombres eran hermosas(...); que tomaron para sí esposas de todas las que le agradaron”

La hipótesis de que estos “hijos de Dios” eran ángeles materializados que se relacionaron con las mujeres estaba en boga en la época del judaísmo helenizado(17). La versión Septuaginta griega, reemplaza el término “hijos de Dios” por el término “ángeles”, y las fuentes orientales de Qumram están de acuerdo. En el libro apócrifo de Enoc, se lee: “Las hijas de los hombres eran bellas y graciosas y vinieron los ángeles del cielo y las desearon y dijeron unos a otros ¡Ea!, escojamos mujeres de entre los hombres y engendrémonos hijos”(Enoc 7:2). También lo testimonia el “Libro de los doce Patriarcas” y en el capítulo 5 del Libro de los Jubileos, se escribe: “tomaron para sí mujeres, cada uno escogió una”. Posteriormente los padres de la iglesia tuvieron la misma interpretación, entre ellos podemos citar a Justino Mártir, Atenágoras, Clemente de Alejandría, San Cipriano y San Ambrosio(18).

La mayoría de los comentarios modernos comparten esta opinión, de que estos “hijos de Dios” eran Elohim o seres celestiales superiores que habían caído. Su prole fueron los gigantes Nefilim o Geborim. No se sabe con exactitud su significado, pero parece que ambos términos significan, “derribadores” o “los que hacen caer” y “poderosos”, respectivamente(19). Estos semidioses de la cultura hebrea, fueron destruidos en el diluvio junto con su tiempo fabuloso; del que muy poco nos narra la Biblia.

LOS SATIROS DE LAS RUINAS DESOLADAS

Tanto en las tradiciones del Pentateuco, como en los relatos históricos de la época monárquica, mencionan a unos seres demoníacos peludos en forma de chivo o cabra (Levítico 17:7; Isaías 34:14). Los árabes y los sirios, creían que criaturas similares habitaban los sitios en ruinas, de ahí su relación con estos animales. ¿Es posible que los hebreos hayan creído también en estos demonios peludos? Como ya mencionamos, la Biblia es muy parca en cuanto a estos detalles. Además de la mención a los demonios en forma de cabra, lo único que podemos citar es que conocían a una divinidad del desierto llamada Azazel, a quien le enviaban como sacrificio un chivo emisario vivo durante el rito de la expiación; aunque también pudo ser un símbolo de desolación. Ya que las cabras eran adoradas en el Egipto antiguo, posiblemente pueda referirse a alguna práctica idolátrica específica y dicha mención sea un término peyorativo.

Algunas traducciones bíblicas los describen como sátiros. La base de esta relación es tomada de Herodoto, cuando dice que “el dios Pan era una de las ocho divinidades primordiales, los pintores y estatuarios

egipcios esculpían y pintaban a Pan con el mismo montaje griego y rostro de cabra y pies de cabrón”. En el ritual, una sacerdotisa tenía relaciones sexuales con una cabra y luego el animal era sacrificado ante la imagen del ídolo(20).

En conclusión, lo más probable es que la Biblia aluda a algún tipo de ídolo o al relato exagerado de algún viajero, que visualizó a cabras vagando en los restos de alguna ciudad abandonada y le dio este significado. Por otro lado, la asociación con los sátiros griegos no parece corresponder, ya que estos eran seres lascivos y orgiásticos y no entidades solitarias deambulando en zonas borrascosas(21).

LOS UNICORNIOS DE LA BIBLIA

Cuando en Job 39:4-12 y Números 23:22 se habla del Rem, una expresión que alude al toro salvaje, lagunas versiones antiguas como la Reina Valera de 1904, Torres Amat y Scio. De San Miguel vierten “unicornios”.

La idea de la existencia de estos seres viene de la temprana edad media, cuando los cuernos de rinocerontes lanudos de la edad de hielo o ciertos colmillos de grandes cetáceos pasaban por cuernos de unicornios. Se los pulverizaba y se los depositaba en boticas. Eran muy buscados debido al supuesto poder curativo y su propiedad para detectar venenos; en aquellos tiempos valían fortunas(22). Un príncipe elector de Sajonia, a cambio de un solo diente de cetáceo, tuvo que desprenderse de un tesoro valuado en cien escudos. Se dice que Carlos V llegó a saldar sus deudas pagando con dos dientes de narval. También eran símbolos de buena suerte, ya que estos se exponían en castillos, catedrales, iglesias y edificios públicos o incluso se colgaban como emblemas encima de los portales(23). Pero la Biblia jamás habla de estos seres mitológicos, sino que siempre alude al Rem o toro salvaje. Esta era una bestia gigantesca extinta, mejor conocida por los naturalistas del siglo XVIII como “uro”.

El uro, era una fiera impresionante similar a los grabados rupestres en el período paleolítico, con el motivo de la caza del toro. Las tradiciones rabínicas decían que su cuello medía tres leguas y que en una ocasión desarraigó todos los árboles de Israel(24). Se cree que en realidad medía 1,8 metros (6 pies) y medio de alto, 3 metros de largo (10 pies) y pesaba alrededor de 900 gramos (2000 libras), por los restos encontrados se sabe que cada uno de sus “dos” cuernos medía 75 centímetros (30 pulgadas) de longitud.

En los anales asirios, el uro gozaba de gran respeto por su poder y nobleza. En un bajorrelieve se lee: “cuatro toros salvajes, fuertes y feroces, le quite la vida con mis flechas de hierro, su piel y sus cuernos (plural) los traje a mi ciudad Asur”(25). Notamos también en Deuteronomio 32:17 menciona el detalle de sus astas y habla de su porte, dice: “Como el primogénito de un toro es su esplendor, y sus cuernos (se habla de los dos cuernos) son como los cuernos de un toro salvaje”. Entre los romanos también gozaba de prestigio, Julio Cesar en sus comentarios habla de él y nos brinda más detalles: “Su tamaño es un poco inferior al de los elefantes, son toros en su naturaleza, color y figura. Su fuerza y velocidad son grandes. La gran amplitud de sus cuernos, difieren mucho de los cuernos de nuestros bueyes”. Posiblemente de las mismas inscripciones antiguas en las que se pintaba al toro de perfil nace el posterior mito medieval del unicornio.

De estos datos y de las representaciones antiguas, se deduce que el uro era considerado un animal noble, como el león, y su caza solo era privilegio de los reyes(26).

Por lo tratado, se desprende el interrogante si el Antiguo Testamento contiene mitos o no. Mito es una palabra griega y casi siempre esta ligada a ejemplos griegos. Pero como ya se ha discutido a lo largo de nuestro tiempo, el concepto de mito también es aplicable a otras estructuras narrativas y de pensamiento antiguo.

También mencionamos, que los escritores bíblicos hicieron grandes esfuerzos por desarraigar todo vestigio politeísta y todo recurso mítico y simbólico. No obstante, se puede rastrear en la Biblia restos de mitos de tiempos inmemoriales y que han compartido otros pueblos, como los monstruos primordiales, los semidioses o los grifos vigilantes. Pero hay que saber distinguir, creo yo, entre los restos míticos anteriores y aquellos que fueron adosados durante la antigüedad tardía y la temprana edad media. Tanto judíos como cristianos ornamentaron ideas posteriores como los sátiros o los unicornios.

Sin embargo, nuestra exposición esta lejos de ser un estudio critico del tema. Para los compiladores anónimos, los relatos fueron veraces, y el auditorio lo ha tomado como tal. Por otro lado, la discusión sobre la

autenticidad bíblica y su valor como mensaje de fe, es un tema que le toca tratar de determinar a la teología. Mientras tanto, nosotros podremos seguir buceando con especial interés en el rico contenido folklórico de los pueblos antiguos.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- 1) H. Wendt, "Antes del Diluvio", Madrid, Ed Nogues, 1972, Pág. 29
- 2) J. Frazer. "El folklóre en el Antiguo Testamento". México, Ed F. De Cultura, 1994, pág. 452
- 3) Gaves-Patai. "Los Mitos Hebreos", Madrid, Alianza, 1986. Intr.
- 4) Gerhom Shelem. "La Cábalá y su simbolismo", España, Ed.Siglo XXI, 1998, Pág. 96.
- 5) Op. Nota 3
- 6) *Insight on the Scriptures*, EE.UU. W.T., 1988, Tomo II, Pág 213.
- 7) Op. Nota 3, Pág 51.
- 8) *Las ballenas no eran desconocidas para las culturas mediterráneas, En el museo de Beirut, Líbano, se hallan actualmente dos restos de esqueletos de estos cetáceos.*
- 9) *El Am American Traslation.*
- 10) Op. Nota 3.
- 11) F. Rojas, "Silabario..." Buenos Aires, Ed Losada, 1953, Pág 267.
- 12) F. Schwarz, "Geografía Sagrada del Egipto Antiguo", Buenos Aires, Erepar, 1979, Pág. 168.
- 13) Ricardo Amado, "Los Dragones ni dioses ni demonios", Revista "Misterios de las Civilizaciones desaparecidas", España, 2001, N-2 Pág 48.
- 14) Op. Nota 3, Pág 47.
- 15) L. Arnaldich, "El origen del mundo..." Madrid, Ed. Riap, 1958, Pág. 398.
- 16) W.T. 15 de Noviembre de 2001.
- 17) San Agustín y Julio Africano teorizaron que estos hijos de Dios eran humanos descendientes de Set, Sin embargo, la antitesis entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres muestra que tenían distintas naturalezas.
- 18) Op. Nota 15. Pág 397.
- 19) G. Von Rad. "El libro de Génesis", España, Ed.Sigueme, 1977, Pág 137.
- 20) Herodoto, Libro II, Sec. XLVI.
- 21) G.Drivers, "Palestine Exploration Quarterly", Londres, 1959, Pág. 57.
- 22) W.T. 1992. 1 de junio, pág31.
- 23) Op. Nota 1, Pág 30.
- 24) Op Nota 3. Pág. 49.
- 25) W.T. 62, Pág.710-711.
- 26) Auster Layard, "NINEVEH AND ITS REMAINS. Pág 326. Citado de AID TO BIBLE UN DERSTANDING. Pág 1626-1627.

Los Amos del Universo

Por Francisco Mazzucco

Este pequeño estudio trata sobre el simbolismo presente en la serie animada para niños “He-man, and the masters of the universe”. Se verá que ya desde su mismo nombre presenta todos los rasgos de un carácter tradicional, sacro y guerrero.

El dibujo animado tiene como protagonista a un noble, un *princeps* (título que distingue al “primero entre todos”), llamado **Adam**. Vemos aquí la nobleza del héroe, su preeminencia y su ser como el primer hombre (sea el Adán santo e inocente de antes de la caída, o el adán caído en el mundo y que debe reconstituirse; aquí está el ser príncipe).

Adam debe **transmutarse** a través de la **espada**, que lo hace pasar por una **muerte ritual** (simbolizada por la calavera del castillo de Gray-Skull, que aparece durante la transformación, cuyo final incluye una explosión de luz que baña al héroe). Tal acto no sólo lo vuelve más fuerte, sino que muta su suave carácter de Adam “afeminado” y condescendiente al aguerrido hombre universal. A la vez muta también el tigre que lo acompaña (símbolo de su emotividad interna). Y la transformación lo deja con un nuevo atributo real: “(ya tengo) **el poder**”.

La iniciación le ha sido dada por un ser femenino: la sacerdotisa del castillo Gray-Skull que le entrega la espada del poder. Puede parecer un hecho antitradicional (la iniciación guerrera dada por una mujer), pero aquí representa el mismo símbolo que la “Dama del Lago”, que posee en su seno la espada Excalibur. La mujer en sí es la que custodia el símbolo iniciático, en su papel de madre cuida la tradición y espera al hombre que es el elegido –no ya de portar la tradición, la espada; sino de alzarla otra vez al cielo, llevarla a lo alto. La espada es la verdadera iniciadora del guerrero (la mujer es su ángel guardiana)

Adam (el primer hombre, el príncipe santo e inocente)	He-Man (“Él-Hombre” universal)
Carácter dócil, suave, “afeminado”.	Carácter duro, seco, aguerrido.
Su ropaje es suntuoso, de color blanco y rosa, símbolos de la pureza y la inocencia, pero también de la delicadeza, la niñez y la femineidad. Lleva un atuendo típico de un noble “cortés” (que sólo mora en el ambiente cerrado del palacio).	Desnudez extrema: la falta de ropajes como ascésis del guerrero (el no-adorno). En su pecho lleva una cruz templaria roja (una cruz de la orden de Malta, para ser exacto), que simboliza el carácter del guerrero-sacro, a veces llamado también “monje guerrero”.
Compañero: el tigre de la cobardía. Su nombre es “Cringer”, que significa servil y adulón; el espíritu del “cortesano” gentil.	Compañero: el tigre de la fiereza. Su nombre es “Battlecat” (gato de batalla), significando el espíritu de combate del noble guerrero.

Hemos visto la primera **dualidad**, la **interna**, se produce entre un “ego”, un “yo” mundano, el hombre sin carácter (de hombre); y un “*super-ego*”, el “**yo-arquetípico**”, el hombre con todos los atributos de la hombría sagrada; y se resuelve con el paso por el castillo de la muerte iniciática (**castillo** y no *templo*, de Grey-Skull) y su re-nacer con el **Poder** y la fuerza. [Dualidad: ser-humano; hombre viril y heroico]

La segunda **dualidad** es la **externa**: se produce entre el ego del **héroe** y el alter-ego, el **antihéroe** representado por el ser sacerdotal: **Skeletor**. Se resuelve en la lucha-eterna entre ambos. [Dualidad: Héroe; anti-Héroe]

He-Man: el Héroe-guerrero, con el atributo de la vida (cuerpo joven, bello y fuerte)	Skeletor: el anti-héroe sacerdotal, con capucha y con el atributo de lo caduco (es lo muerto, el esqueleto en el trono de huesos)
Armas: la Espada (el poder); el Hacha de doble filo (propia del Apolo hiperbóreo –la autoridad de lo espiritual sobre la materia)	Arma: el Báculo (un hueso con la calavera de una cabra en su extremo–símbolizando lo satánico, demoníco)
Animales relacionados: el Águila (<i>sorceress</i> , la sacerdotisa que lo inicia, pero que no tiene el poder de darle órdenes); además <i>cabalga el Tigre</i> (Battle-cat), de suyo todo un símbolo sacro y guerrero, de control, habilidad y equilibrio	Animales relacionados: la Serpiente (la montaña-serpiente donde mora, sitio de tinieblas y sombra, con una serpiente enroscada a la cima); además <i>cabalga una pantera negra</i> (Panthor), que simboliza la fuerza de lo kaótico y demoníaco
Compañeros: Sorceress, que representa la mujer sumisa (que necesita que el héroe la rescate de las garras de la muerte, de Skeletor); Orko (el bufón-mago, papel de la espiritualidad baja y desordenada, que se mete en líos y hace reír y que sólo puede hacer trucos de magia que fallan –es asustado por la fiereza del tigre); “Man-at-arms” (es el maestro de armas del hombre adámico, y el escudero del hombre universal); Teela (es la gemela femenina de He-man; pero se pone en claro que la mujer no tiene sus elementos, de allí que ella porte un báculo con forma de serpiente que ondula –para la mujer la vía sacerdotal-guerrera es buena); luego hay seres que pueden volar (símbolo de su contacto con lo celeste): Stratos, el hombre pájaro; Buzz-off, el hombre abeja (y Sorceress, la mujer halcón); y seres con el atributo de la fuerza : Ram-man, el hombre ariete; Fisto, el hombre de puño de hierro	Secuaces: el hombre-bestia (bestialidad); Merman (el hombre del agua , que es lo caótico y femíneo); Trap-jaw (el hombre mecanizado); Evil-Lyn (la mujer Lilith , en el sentido de salvaje y desobediente al Adam, que termina siempre sojuzgándola; Skeletor no logra hacerla obedecer sus órdenes); Tri-clops (un ser que parece simbolizar lo oriental , si uno se fija en el rasgo de su ojo que gira); “Faker” (como su nombre lo indica –“fraude, imitación falsa”–, este personaje es la sombra del héroe –no su antípoda-. Es el He-man oscuro: su copia mecánica y sin alma; es su “pseudo-ego”, el héroe en su mera apariencia. De allí que tenga todos sus rasgos, y aún su propia espada, pero no posee el poder como el Héroe); hay también otros seres animales (femíneos): el hombre lagarto (símbolo de lo que se arrastra; un ser lagartija; es la tierra); el hombre langosta (es el agua)
El papel de He-man es mantener el Orden, reconstituyendo aquello que la muerte de Skeletor ha corrompido; así como proteger el castillo y el reino	El papel de Skeletor es vencer a He-man; luego en menor medida apoderarse del castillo (de Gray-Skull), robar la espada del poder y traer el Kaos al reino

Esta dualidad combate por el dominio del Reino de Eternia (por el “reino eterno” si falta aclarar); simbolizando la luz del héroe y la noche del hechicero. Es una lucha heroica: a tener en cuenta que por tanto es una lucha **aristocrática** (por eso la intervención de las tropas de palacio es sólo de decorado; por eso Skeletor no tiene hordas de zombies a su servicio, sino un selecto grupo de monstruos): estos héroes aristócratas que pugnan son los “maestros del universo” que acompañan a He-Man en el título del dibujo animado (lo acompañan como amigos y enemigos). Héroes aristócratas: maestros, amos, señores universales; en suma hombres universales a la par de He-Man (con los atributos del saber, el poder y el dominio).

El último punto a tener en cuenta es que la **autoridad** no está en juego: el rey Randor es quien tiene el mando real (el deber del mando). Su hijo el príncipe, a pesar de tener el poder (con el cual depondría, de querer, a su padre) no cuestiona jamás la autoridad ni se revela ante ella; los demás súbditos (Man-at-arms, Teela, Orko,...) jamás dejarían de obedecerlo para postrarse ante otro (sea un Skeletor o un He-Man). A la vez el enemigo máximo, y que por tanto es quien concentra más atributos de la subversión y lo antitradicional, tampoco deja el buen camino (como ser tradicional busca defenestar el poder -de He-Man- y apropiárselo; a su vez no intenta convertirse él mismo en el rey robándole la legitimidad al verdadero soberano; y finalmente posee Skeletor su propia jerarquía obscura, en la cual él ocupa el trono de huesos, señal de que aun en el caos hay orden, de que hay tradición hasta en lo que aparentemente atenta contra ella).

Tanto el rey Randor, como la reina Marlana, tienen su manifestación sentados al trono (es decir, aparecen en postura regia, inamovibles de tal sitial simbólico; y sus vidas manifestadas no van más allá de eso).

Como Zeus (Odín) al trono, está Randor; su hijo Apolo (Thor), He-Man, es el enviado ante el mal de Loki, Skeletor. Y atención: que en un capítulo de la serie, se insinúa que Skeletor sería Keldor, el hermano perdido de Randor; así como en la leyenda Loki fuera hermano de Odín.

Todo lo anterior muestra que “He-Man” (y los “dioses” del universo) se basa en simbolismos ario-paganos tradicionales, y no en una simple visión de carácter dualista-cristiano medioeval. Y, por descontado, menos aún en el azar de pensamientos de un productor de series de dibujos animados de televisión.

La Puerta Etrusca (III)

Por Jorge R. Ogdon

16.

Julio abrió lentamente los párpados, habituándose a la luz ambiente, que era apenas la de un par de mustias candelas. Sentía que su cuerpo yacía sobre un lecho mullido y cálido, pero no alcanzaba a distinguir el entorno. Terminó de abrir los ojos y vio que estaba echado boca arriba en una gran cama adoselada, cuyos soportes de oscura madera estaban tallados con intrincadas figuras que, en ese momento, le parecieron grotescas, informes y animadas por la luz titilante de las velas. Giró su cabeza hacia la izquierda y se encontró frente a frente con el rostro de la joven más linda que había visto en su vida entera, quien le miraba con ojos verdes y pacíficos; entre sobresaltado y sorprendido, alcanzó a murmurar:

–E.....esss... tomuu...ertoo... y... ytúee... ressun..nángée..el...

–Gracias al cielo, *Signore Conde*, ya ha despertado usted –habló la muchacha, con un tono de voz que a Julio se le antojó que imitaba al murmullo cantarino de un arroyo de aguas puras –. No, no está usted muerto, *Signore Conde*. Mi nombre es Angela, aunque no soy un ángel como dice –continuó la joven con una dulce sonrisa –. Soy el ama de llaves de su casa, *Signore Conde*.

–¿Qué me... pasó, cómo llegué... aquí?... ¿¿Dónde está Vípero!? Estaba conmigo, abriendo... ooohh, mi cabeza... –se agitó Julio, intentando incorporarse sobre los codos y levantarse, pero quedando impedido por el tremendo dolor que atenazaba sus sienes y nuca. Era como si una mano de hierro candente le aprisionara el cráneo entre sus dedos.

–Por favor, *Signore Conde*, no se agite usted. Entiéndalo, tuvo un desvanecimiento tras otro –adujo Angela mientras aferraba a Julio por los brazos, evitando que intentara levantarse –. Tranquilo, *Signore Conde*. Vípero ha ido a buscar al Dr. Duval y ambos pronto estarán aquí. Por ahora, le ruego que trate de descansar lo más que pueda. Está en su casa y bien cuidado, se lo

aseguro.

–Gracias, Angela, gracias –replicó Julio con un dejo de desaliento.

–Vípero le trajo en brazos desde la puerta de entrada, diciendo que era el segundo vahído que le daba en menos de diez minutos. Estaba muy preocupado por usted, *Signore Conde* –aclaró Angela.

–Tengo que agradecerle por su consternación, entonces –dijo Julio casi en una exhalación que denotaba su estado de fatiga inexplicable. Se sentía como si le hubieran drenado parte de su vitalidad.

–Ahora lo mejor será que duerma un poco más, *Signore Conde* –concluyó Angela, al tiempo que se levantaba de la silla y encaraba hacia la puerta de la habitación –. Pierda cuidado, vendré a despertarle cuando llegue el doctor Duval.

–Está bien, Angela, usted gana. La verdad es que no me siento muy fuerte, todavía –le respondió Julio, a modo de despedida, mientras apoyaba la cabeza sobre la mullida almohada con los ojos cerrados y las cejas arqueadas.

Esperó hasta escuchar que la puerta se cerraba y, entonces, volvió a hacer el intento de reclinarsse en el lecho, a pesar de que su cabeza le pesaba una tonelada. Consiguió apoyarse sobre los codos y, con movimientos lentos, como en un sopor, miró en torno a él: las débiles luces de las mechas que Angela había dejado encendidas apenas alcanzaban a enseñarle un amplio lecho, bien arropado, con el impresionante dosel que antes ya le había impuesto su rareza por sobre su cabeza; junto a la cama, percibió el lustroso brillo del mármol negro de una mesita de luz, sobre la que apoyaba una suerte de lámpara estilo Lallique, que arrojaba una curiosa luminiscencia que no iluminaba; más allá, en la misma dirección, se perdía en la penumbra periférica lo que le pareció era una cómoda, bastante grande según pudo estimar entre aquellos vahídos intermitentes. Tornó su rostro hacia el otro lado, y vio dos desproporcionadamente pequeños sillones, al

estilo de los usados por la aristocracia franco-italiana en tiempos de la Ilustración, tapizados con una tela de extraña textura y desconocida manufactura, y de un color indefiniblemente pálido, sobre el cual se distinguía, como en luces de neón, un sello que ya reconocía demasiado bien: el Sello Scarlatti. Echó una fugaz mirada a las patas de los silloncitos, porque no alcanzaba a distinguir bien esa parte del suelo, pero le pareció que no eran para nada comunes: no se asemejaban a patas de león, cabezas de patos o cualquier otro motivo tradicional, sino que eran similares a *garras* repugnantemente hostiles.

Con gran esfuerzo, Julio fue desplazándose hacia el borde del colchón, retirando las sábanas y cobertores que se apilaban sobre su cuerpo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. “¡Dios mío!... ¿me habrá desvestido ella?”, pensó algo turbado, mientras sus mejillas se insuflaban de vergüenza. “Ooh, pero qué desastre..., mirá que conocer a una chica así en este estado”, se dijo mentalmente. Se quedó sentado por un rato al borde de la cama, calculando sus fuerzas para levantarse, hasta que al final se decidió y se puso en pie; las rodillas le temblaron, amagó con desplomarse allí mismo, pero se sostuvo de una de las columnas del dosel, hallando un firme sostén en ella. Con prudencia, la soltó al cabo de unos instantes, y pudo enderezarse sin mayores dificultades; dio un par de cautos pasos y comprendió que, aunque con mucha lentitud, tenía el vigor suficiente como para alcanzar su valija, que ahora veía apoyada en el piso, junto a uno de los silloncitos. Se animó y, poco a poco, llegó hasta él y casi se derrumbó sobre el mismo. Con manos tembleques y movimientos nerviosos, abrió el equipaje y se puso a revolverlo hasta dar con ropas fáciles de poner: su conjunto de jogging, en ese momento, reveló toda su moderna utilidad. Para no seguir buscando, a falta de fuerzas, se enfundó un par de pantuflas viejas, que siempre tenía a la mano dentro de la valija. “Ahora sí que estoy completo, con esta facha... ¡ja!”, se burló de sí mismo, “Primero en bolas y ahora de cocoliche... Bah, es sólo una empleada, Julito”, concluyó como queriendo minimizar la turbación que, insospechada e inesperadamente, esa muchacha había provocado en alguna parte de su ser.

Volvió a incorporarse y, con determinación, se dirigió, con andar calculado, hacia la puerta de

la habitación. “Quiero conocer mi casa ya. Espero que ahí afuera haya más luz que acá”, pensó algo desalentado ante la perspectiva de encontrar una lúgubre oscuridad al otro lado del umbral. “Por las dudas, me llevaré una lumbre de estas”, optó por fin. Al estirar la mano hacia el pomo de la puerta, se detuvo por un instante, ya que el picaporte tomaba la poco atractiva forma de una de esas garras atemorizantes que había visto en las patas de los silloncitos. Con un gesto de desagrado, la empuñó y la hizo girar, abriendo sin rechinar la gruesa hoja de madera lustrosa. Asomó la cabeza, mirando rápidamente a ambos lados: a su izquierda, vio un final de pasillo que terminaba en una escalera de madera que se hundía en la oscuridad de unos peldaños que, sin lugar a dudas, llevaban a un piso debajo. Por fortuna, el corredor estaba bien iluminado por varias lámparas de aceite y podía apreciar bastante claramente el entorno, por lo que dejó la bujía otra vez en su sitio y volvió a asomarse. Sobre su derecha, el pasillo continuaba, enseñando que sobre la misma pared había otras puertas similares a la que acababa de abrir, de una madera oscura, de recio aspecto y completamente lisas: y es que el vetado rojizo de la propia madera ya era de por sí una exquisita obra de arte de la Naturaleza. Al frente, en lo que sería la pared opuesta, la misma era inexistente y ocupaba su lugar una baranda de la misma madera, con columnitas torneadas en forma completamente extravagante. Obviamente, esa suerte de balconada interior daba al piso de abajo, al que conducía, indudablemente, la escalera de la izquierda.

Julio se aventuró a poner un pie fuera de la habitación, y luego, con la seguridad de quien no tiene testigos, salió de ella. Se acercó un poco hacia la baranda, atraído por los diseños delirantes de las columnitas, pero, a mitad del corredor se le ocurrió levantar la vista y quedó literalmente atónito: todo el techo de la casa, hasta donde podía ver, estaba tallado en madera oscura, casi negra como el ébano, con una miríada de imágenes intrincadas y, por momentos, desconcertantes. Porque esas figuras grotescas asemejaban, fugazmente, al ser humano, para, al instante siguiente, tornarse indescriptiblemente no humanas. “Debo estar mareándome otra vez”, se dijo dudando de sus percepciones. Escudriñó con mayor atención las demenciales formas, que por escasos segundos se le antojaban como arabescos,

para, por otros, adquirir rasgos insanos y fuera de toda concepción: de a ratos le daba la impresión de estar ante una inaudita y soberbia obra de arte y, por otros, una indecible conciencia de su inhumanidad le invadía la mente, entremezclando la admiración estupefacta con la repulsión más incontrolable, nacida de su instinto de conservación, porque, en efecto, se sentía subyugado por la techumbre al punto de querer saltar por la baranda y subir hasta ella, no para observarla más de cerca, sino para fundirse en la misma. Dio un paso adelante, pero no pudo terminarlo; algo le retenía fuertemente, y le hablaba:

–Cuidado, *Signore Conde*, ¿qué es lo que quiere hacer? –le dijo la voz, con un tono imperativo.

–¿¡Eh!? –atinó a exclamar Julio, sobresaltado.

–*Signore Conde*, por el amor de Dios, ¿porqué se ha levantado? –oyó decir a Angela.

Tomando conciencia, Julio se vio rodeado por ella, Vípero, que lo observaba consternado, y otro hombre, a quien no conocía. Se vio al borde de la baranda, con su cuerpo reclinado sobre ella y sus brazos tomados firmemente por el mayordomo y ese desconocido, uno a cada lado suyo. Miró atentamente a este último: era un individuo bajito, rechoncho, con la cara colorada como una manzana Red Delicious, labios gruesos y mirada picarona de un color oscuro indefinible, resguardada por un par de gafas de montura dorada; llevaba puesto un algo gastado traje -con chaleco y todo- azul marino y una espantosa corbata multicolor que nada tenía que ver con él ni con el pañuelo amarillo patito con bordes rosas que sobresalía del bolsillo superior, ni con la camisa de seda negra o el pantalón de franela verde botella que lucían sus macetudas piernas; el estrafalario personaje calzaba, para completar el colmo del mal gusto, unos baratos y deslucidos mocasines que debieron ser negros en sus buenos momentos, y que ahora lucían como si hubieran sido arrojados por años a una carbonera abandonada. El brillo de las luces del pasillo reflejaba su cabeza baldá e iluminaban, como formando un halo, los pocos pelos que le quedaban alrededor de las orejas, que le recordaron un poco al Mr. Spock de aquella vieja serie del espacio que veía de niño.

–Vamos, vamos, *Signore Conde*, debe usted volver a su cama –le decía este sujeto, mientras

con una rápida mirada alentaba a Vípero a llevarle, incluso a la rastra, hacia el cuarto.

–El doctor Duval tiene razón, *Signore Conde*. Permita que le revise, por la tranquilidad de todos, ¿por favor? –expresó Angela con un gesto de súplica que conmovió a Julio.

–No puedo negárselo –fue lo único que respondió, al tiempo que echaba un vistazo postrero al techo decorado con miles de inexplicables diseños que, no supo entonces porqué, le recordaron al espacio exterior, como las orejas del Dr. Duval.

17.

Hizo lo que el Dr. Duval, Angela y Vípero le indicaron que hiciera; se dejó llevar a su cuarto y a su cama, y se acostó de nuevo, sin dejar de demostrar que lo hacía a regañadientes, pero admitiendo que no se encontraba del todo recuperado. El episodio en la baranda le había hecho, finalmente, tomar conciencia de lo peligroso que podía ser aventurarse en tal estado, ¡pudo haberse matado cayendo al vacío! Entonces, ¿fue una visión fantástica la que tuvo del techo? Y, si así fuera, ¿cómo era realmente su verdadera decoración? Es más, ¿quién o quiénes habían sido los eximios artistas que la esculpieron? Mientras su cabeza bullía con interrogantes sin respuesta, aceptaba en silencio la cucharita con una especie de jarabe de color verde esmeralda que el Dr. Duval intentaba hacerle tragar:

–A ver, *Signore Conde*, hágame el favor de no derramar nada, ¿eh? Hasta la última gota... Eso es... –decía el doctor, sonriendo de oreja a oreja, con la expresión de quien le habla a un niño – Muy bien. Ahora, Angela, asegúrese de que tome una de estas cada cuatro horas, hastaaa... digamos mañana antes del desayuno –continuó, dirigiéndose a la chica con voz jovial y confidente –. Usted, *Signore Conde*, va a reposar completamente hasta mañana, y va a ceñirse estrictamente a la medicación que le dará Angela y a la dieta que le dejaré anotada a la señora Delia...

–¿A quién? –intervino Julio con voz inquisitiva. El Dr. Duval miró alternativamente a Angela y a Vípero, con un rictus de desconcierto en el rostro, y luego le dijo:

–La señora Delia, su cocinera, *Signore Conde*.

–Ah, es que no fuimos presentados aun. Por eso, no la conozco, doctor.

–Ya veo. En fin, ya sabe lo que tiene que hacer ahora. A media mañana pasaré a hacerle un chequeo, pero confío que para entonces esté completamente recuperado. Mi tónico le devolverá el vigor, *Signore Conde*.

Julio se quedó pensando en eso de “su tónico”, ¡vaya a saber uno qué menjunge sería ese! Pero no le quedaba otra opción que ponerse en manos de quien ahora hasta dudaba si fuese verdaderamente un médico; hasta parecía un “curandero de campo”, y no quiso verlo como un “veterinario”, porque eso ya sería el colmo. Después de todo, estaba en la montaña, en una casa aparentemente sin electricidad, y sólo Dios sabría de qué otras comodidades carecería el lugar, porque sólo entonces se dio cuenta de que nunca le habían dado un número telefónico para comunicarse con los residentes... ¡no había teléfono! ¡Y él no había previsto hacerse de un celular!... Estaba incomunicado del resto del mundo, invadido por el malestar de un evento desconocido e inexplicable, que le había desenergetizado al grado de tumbarle en una cama, rodeado de tres completos extraños. ¡Y como un tonto había bebido el jarabe aquel!, que muy bien podía no ser lo que decía el simpático “doctor”. Reflexionó un instante y se dijo que se estaba poniendo paranoico sin motivo alguno. Estas personas, si bien le resultaban curiosas en grado extremo, desde un comienzo no habían hecho más que desvivirse por atenderle, tratándole con una cortesía y respeto que, debía admitirlo, estaba muy lejos del trato que acostumbraba recibir en la oficina y en su casa, allá en la lejana Buenos Aires. Sus ideas eran absurdas. Podía entregarse en sus manos con total confianza.

–Entonces, quedamos así, *Signore Conde*, volveré mañana. Que descanse –le saludó el Dr. Duval y se fue acompañado por Angela, que dijo volvería en un instante. Vípero permaneció de pie en el vano de la puerta.

–Gracias, Vípero, gracias por todo –le dijo Julio con un esbozo de sonrisa, recordando cuánto había hecho por él.

–No tiene nada que agradecer, *Signore Conde*, por favor. ¿Necesita algo antes de que me retire? –contestó el mayordomo.

–Sí, alcánzame la valija de mano que está ahí, junto al silloncito ese, por favor –le indicó Julio

con un gesto vago de la barbilla.

–Tome usted, *Signore Conde* –dijo Vípero, alcanzándole el maletín, que Julio tomó y puso a su lado sobre la cama.

–Gracias. Puedes irte, nomás –concluyó Julio.

Cuando vio cerrarse la puerta tras la figura de Vípero, tomó el maletín y sacó los papeles que había venido leyendo. “Ya que tendré que guardar reposo hasta mañana, aprovecharé para seguir enterándome de lo que ocurrió aquí. ¡No puedo creer que el conde Bruno fuera un brutal asesino! Aunque debo admitir que pasan cosas raras en este lugar. Esa esfera..., yo no la imaginé. Y esta fatiga inexplicable, para nada se debe al hambre, ¡los sandwiches de Don Giovanni estaban riquísimos!”.

No, no era normal. Él no era un atleta pero tampoco era dado a tener problemas psicosomáticos. El asunto se tornaba preocupante a cada momento. Trató de despejar su mente de esos trastornos, diciéndose que, después de todo, el jarabe ese en verdad podría ser efectivo. “No tengo otra distracción que leer, al menos hasta que vuelva el doctor Duval”, pensó con resignación, mientras abría el valijín y sacaba una masa de papeles. Los miró hasta encontrar el diario del conde Bruno, buscando el punto en donde lo había abandonado la vez anterior; arrimó dos candelabros nuevos que había dejado Angela sobre la mesita de luz, y se acomodó contra las suaves y mullidas almohadas blancas, que estaban apoyadas contra el respaldo de la cama, dispuso la página sobre sus piernas plegadas, a modo de atril de lectura, y se concentró en el relato:

25 de diciembre de 1899

Escribo esto aprovechando un intervalo en las excavaciones del Túmulo Grande “A”; sí, a pesar de haber dormitado, entre sobresaltos, apenas por una hora escasa, o menos, me vi obligado a reasumir las tareas acordadas, ya que mis colegas no habían sufrido mis desvelos, y, a eso de las seis, escuché los pasos de María, que anunciaba el primer llamado para desayunar. Aun cuando no me sentía proclive a encarar las tareas diurnas, los golpes de María a mi puerta me terminaron por decidir; me levanté muy somnoliento y me uní al grupo. Me cuidé muy bien de comentar algo sobre mi inquieto e inquietante sueño, y, al ser requerido por mi rostro macilento,

me excusé aduciendo que me había quedado leyendo hasta tarde, pues la animada velada me había quitado el sueño. La casual intervención del Dr. Baumstumpen, diciendo que él también había tardado en dormirse, evitó que las indagaciones se volvieran más profundas, dándole el toque de vulgaridad necesario para pasar por superficialidades. ¡Oh, si realmente me hubiera podido sacar el sueño de la cabeza! Tampoco dije nada de mi aun más extraño pero real paseo nocturno. En mi fuero íntimo no cabe la menor duda de que fue un hecho genuino. Hoy, cuando marchamos al campo, me dirigí, como primera medida, a la tienda que sirve de taller y repositorio de nuestros hallazgos, y allí, sobre unos retazos de tela negra encima de la mesa, estaban, intocados, el anillo y el brazalete. Estoy desconcertado: juro que si no fuera por esto, no tendría ninguna duda de lo que hice mientras parecía dormir (?)

No puedo escribir más ahora, los Dres. Engrazzie y Baumstumpen están viniendo hacia mí _____

Julio notó que aquí se producía un cambio en los rasgos de la escritura, que atribuyó al hecho de que el conde había interrumpido su tarea ante la inminente presencia de los eruditos citados, y a quienes, seguramente, no tenía ningún interés de revelar sus pensamientos y circunstancias más íntimas. Los párrafos siguientes estaban escritos con mayor premura y en un tipo de letra más apretada y nerviosa:

Son las dos pasado el mediodía. Debo asentar nuestros progresos de inmediato, pero retomaré el hilo de mis últimas anotaciones, a fin de preservar fielmente cómo se desarrollaron los acontecimientos que nos llevaron a este extraordinario hallazgo.

Esperamos en vano a los peones de Chiusi; no se presentaron. A las siete y media, decidimos proceder solamente con los míos, que sumaban diez robustos brazos campesinos. Los estudiantes Arezzo y Flaubert se ofrecieron voluntariamente para ayudarles a remover la tierra, pero a ellos preferimos destacarlos como "supervisores" de dichas tareas: el Dr. Engrazzie quería que revisaran el contenido de cada canasta excavada por el método de la criba. Indicó que era lo apropiado para poder rescatar

algún otro fragmento de hueso, pues estaba convencido de que encontraríamos más de ellos en el área, ya fuera del mismo individuo u otro diferente. El Dr. Flaubert secundó su propuesta y yo accedí igualmente, y, como el Dr. Baumstumpen no se opuso, así quedó dispuesto.

Para las ocho, nos encontramos ampliando el radio de las excavaciones, que realizamos según el sistema ideado por el Dr. Engrazzie, quien nos había convencido a todos, finalmente, sobre su conveniencia en yacimientos de túmulos circulares, como era el caso. Las tareas se dividieron en tres equipos: en el locus principal quedamos el Dr. Engrazzie, yo y dos peones; el Dr. Fanabe y Arezzo, con otro peón se ocuparían de la franja Oeste-1; y el Dr. Baumstumpen, Flaubert y los restantes dos jornaleros, lo harían de la franja Norte-1 y 2.

A poco de que en el locus principal sacáramos unas ocho canastas de tierra entremezclada con cenizas y fragmentos de ceramios quebrados, escuchamos los gritos del Dr. Fanabe, llamándonos a su lado. Pudimos ver que había despejado el tope superior de un muro perpendicular al borde circular del túmulo: era un hallazgo alentador, porque indicaba claramente que el locus principal estaba situado al frente del acceso primitivo a la tumba. Sin duda, sobre el lado Este, debía existir una muralla similar, por lo que, yendo hacia el Norte, donde estaba excavando el Dr. Baumstumpen, nos topáramos con la entrada misma.

El alborozo fue instantáneo y nos congratulamos por los esfuerzos del Dr. Fanabe. El Dr. Baumstumpen, esta vez auxiliado por todo el equipo del Dr. Fanabe, reasumió sus trabajos en las franjas Norte-1 y 2, y en poco menos de media hora, pudimos contemplar la hilera de bloques de piedra opaca, que constituía la parte superior del mentado umbral. Entretanto, el Dr. Engrazzie y yo, hicimos despejar el área al norte del locus principal, hasta limpiar por completo el sector del acceso al sepulcro; esta vez, fuimos bastante descuidados por el apuro y el afán de alcanzar esa meta, pero el Dr. Engrazzie ya tendrá oportunidad de cribar todos esos escombros que quedaron apilados en los alrededores. Así, poco a poco, unos desde arriba, otros desde el frente, fuimos desescombrando la puerta, hasta que nos hallamos en presencia de un recio portal de dos hojas de madera revestidas

en bronce fungoso y de un triste color verde pálido, adquirido por el paso de los siglos, cuya superficie parecía estar ornada con simétricos diseños cuadrangulares, dispuestos en dos hileras verticales, uno encima del otro, y en cuyo interior parecía existir un bajorrelieve que, por el momento, nos resulta indescifrable y desconcertante.

Los doctores y yo convinimos en que era mejor hacer un alto en la tarea, dada la hora, que aprovecharíamos para comer y descansar. En realidad, apenas probamos bocado - ¡cuánto lo siento por señora Úmbela y sus pastelillos!

“¡Úmbela! Otro nombre raro”, pensó Julio, “Debe ser que acá son todos descendientes de etruscos”, Reflexionó un momento y se dijo que si ésta era la cocinera del conde Bruno, vendría a ser como la antepasada de la actual, la desconocida “señora Delia”. Siguió adelante con la lectura:

Tal es nuestro entusiasmo que ya mismo estamos volviendo al trabajo. ¡Qué maravillo sería que se tratara de un entierro inviolado! ¡Qué hermoso obsequio de Navidad!

Nuevamente, Julio se percató del cambio en los trazos del conde Bruno, como si hubiera dejado de escribir, para retomar su relato más luego:

Hemos terminado de cenar, aunque debo decir que la comida fue de lo más frugal para la fecha que conmemora el nacimiento del Hijo de Dios.

Desde hace horas que no hacemos más que cavar y admirarnos, y estamos embriagados por la alegría. La excavación continuó a partir de las dos y media de la tarde, y sólo se detuvo hace poco más de media hora: son las siete y dieciocho de la noche.

Cuando nos encontramos con la puerta de bronce, hicimos un alto para deliberar. Coincidimos en que sus condiciones de deterioro eran tan sólo aparentes, luego de que el Dr. Engrazzie, asistido por Flaubert, se ocuparan de raspar, con el mayor de los cuidados, la superficie de uno de los batientes, y encontraran que, milagrosamente, el metal relucía bruñido y sólido y sin miras de haber sido afectado por la “enfermedad” típica de esta aleación y su acción

corrosiva. Probada su resistencia por medios mecánicos, el Dr. Baumstumpfen y el joven Arezzo confirmaron la posibilidad de abrirla mediante fuerza física aplicada con extrema cautela. Le ordené a Corso y Callevari que atacaran la ranura entre los batientes con una barra de hierro, que usaron a modo de palanca. En tanto, Rino, Giovanotte y Don Carissimo, junto con Arezzo y Flaubert, empujaban la otra hoja de la puerta hacia el interior.

Tras un denodado esfuerzo, por fin cedió el batiente más sufrido, que se abrió pesada y quejumbrosamente. Nos quedamos petrificados en nuestros lugares y completamente mudos: tal fue el grado de emoción que nos embargaba a todos, incluso a mis rústicos peones. Don Carissimo fue el primero en hablar y solamente pudo musitar un “Madonna Mía”, acompañado de la señal de la cruz. Esto me hizo reaccionar, y me adelanté tomando una lumbrera de mano e invitando a mis colegas a hacer lo mismo, ya que la luminosidad de la tarde no alcanzaba a despejar el lóbrego ambiente del pasadizo que nos conduciría al interior del túmulo.

A la luz de nuestras bujías, empezamos a internarnos por ese corredor construido por entero en sillería de piedra con piso de tierra, o eso parecía. Los bloques se conservaban en perfectas condiciones y nos llamó la atención la gruesa capa de negro hollín que cubría todo lo que nuestra vista alcanzaba, sugiriendo un incendio de inusitadas magnitudes. El vaho a encierro de milenios, que ya habíamos sentido apenas conseguimos abrir el portal, se había disipado ligeramente, y su pungente hedor hería la sensibilidad de nuestro olfato y estómagos. El Dr. Engrazzie, con su habitual experiencia, nos aconsejó cubrir nuestras fosas nasales y boca con un pañuelo húmedo. Lamenté no haberle pedido barbijos al Dr. Duval, pero era tarde para lamentaciones. Por otra parte, nuestras botas se enterraban en una verdadera alfombra de grueso polvo ceniciento, de un color grisáceo pálido que, por momentos, nos llenó de cierta repugnancia; porque, cosa curiosa, a pesar de ser extremadamente fino (casi como yeso o harina), ese polvillo no se elevaba en el aire cuando caminábamos sobre él; por el contrario, parecía que, en el lugar donde uno apoyaba un pie, el mismo se adhería con mayor consistencia a él.

Pero nuestra atención estaba puesta en lo

que los haces de luz iban desvelando ante nosotros. Nadie decía palabra alguna, porque estábamos pasmados por la profunda negritud que nuestras luminarias apenas conseguían disipar. El Dr. Baumstumpfen fue el primero en destacarlo: “Es la primera vez que me siento incómodo en una tumba. ¿No les parece, amigos, que esta oscuridad es demasiado lúgubre?”. No olvido estas frases porque, en ese momento, se presentó ante nosotros una segunda puerta, no menos recia que la primera, pero que, esta vez, era completamente lisa excepto por cuatro macizos remaches de cabeza roma, que estaban enclavados en el centro mismo de los batientes, un par de ellos en cada uno de los éstos, y que, en un primer instante, tomamos por pomos o manijas, si bien de grandes dimensiones, pero que el posterior escrutinio reveló como verdaderos clavijones, destinados a sellar firmemente el acceso. Los vanos esfuerzos de los peones por abrirla nos convencieron de que era mejor dar por concluida la jornada en ese punto.

De todas maneras, no caben dudas de la importancia del hallazgo: nos topamos con uno de los muy raros y escasos tumuli inviolados. Después de todo, es un verdadero “regalo” de Navidad.

Unos ligeros golpes a su puerta le hicieron levantar la vista y lanzar un murmurado juramento. Gritó un “pase” con tono seco, al verse interrumpido en su lectura, por demás interesante para él. Cuando vio que quien entraba era Angela, su humor mudó al instante.

—Oh..., era usted, Angela, pase, pase —dijo con tono dulcificado.

—Con su permiso, *Signore Conde*. Vengo a traerle algo de comida que le preparó la señora Delia; estoy segura de que le encantará, tiene una mano para la cocina que no se imagina usted. Y no aceptaré excusas en contrario. El doctor Duval fue muy claro: “El *Signore Conde* está debilitado por la fatiga del viaje y la falta de una buena comida. Es obvio que tiene la *fiaca*”, eso fue lo que dijo —habló locuazmente la joven.

—¿*Fiaca*? En mi país se llama así a estar como desganado, y en eso no se equivoca el buen doctor, Angela, o tengo ganas de nada, ni de dormir, ni de comer...

—Vamos, *Signore Conde*, un bocado al menos... En fin, le dejaré la bandeja sobre la

mesita, al alcance de la mano, por si le apetece algo luego. ¿En su país hablan nuestro idioma, *Signore Conde*?

—Oh, sí,... no sé; hay muchos descendientes de paisanos suyos, eso sí. Pero, dígame, Angela, ¿quién es Delia?

—La señora Delia, *Signore Conde*. Como ya le dijo el doctor Duval, es su cocinera.

—Ya me doy cuenta, Angela. En realidad, lo que quise decir es cuándo voy a conocer a todas las personas que viven en esta casa, y no me refiero a las presentaciones formales. Vípero es descendiente de Garivotte, el mayordomo del conde Bruno...

—¿Él dijo eso, *Signore Conde*?

—... Pues claro, Angela, no lo voy a inventar yo.

—Disculpe, *Signore Conde*, no quise dar a entender tal cosa.

—Y usted, Angela, ¿de quién es pariente?

—Por favor, *Signore Conde*, vaya pregunta la suya... No creo que sepa nada sobre mis padres. Eran unos simples campesinos al servicio de la familia Scarlatti,... de su familia, *Signore Conde*.

—Como los demás de aquí, ¿no es cierto? Todos ustedes...

—*Signore Conde*, no sé qué es lo que le está pasando por la cabeza, pero le aseguro que me entra *la pavura*. Me temo que esté volviendo a sentirse... raro. Lo mejor es que descanse usted y dejemos la conversación, por el momento, pero... ¿Ha estado usted leyendo, *Signore Conde*? Lo que usted necesita ahora mismo es reposar, re-po-sar, así lo ordenó el doctor Duval, y a los señores doctores no se les contradice, ellos saben de lo que hablan, ¿no es cierto, *Signore Conde*?

Julio calló, aunque estuvo a punto de opinar sobre aplicar el honorífico “señor doctor” al tal Duval, mientras recordaba su aspecto tan poco doctoral y su jarabe verdoso.

—Hágame caso, *Signore Conde*, coma, ahora o después, pero échese una buena siesta. Ya le he dicho que nosotros estamos para velar por su salud y bienestar. Vivimos para eso.

—Le agradezco, Angela, su real preocupación..., bueno, la de todos ustedes, por mi persona, ya que no han mostrado otra cosa que un celoso afán por atenderme lo mejor posible. Le garantizo que lo están consiguiendo, pues me siento mejor ya. Pero, antes que insista, admito que mi recuperación no es completa y que seguiré

sus sugerencias y las prescripciones del doctor Duval, por lo que puede despreocuparse por eso.

–Muy bien, *Signore Conde* –contestó Angela, al tiempo que le sacaba la hoja del Diario que estaba entre sus manos, para ponerla sobre el maletín, al que tomó y puso sobre uno de los silloncitos –. Ahora, basta de lectura y a descansar. Si necesita algo, no tiene más que tirar de la banda morada que está a la derecha de su cabecera. La campanilla sonará y vendré inmediatamente. Un solo tirón bastará, se lo aseguro. Dicen que el conde Bruno era muy insistente y que no dejaba de tirar de la banda hasta que una bandada de sirvientes acudía al llamado. Es que era un hombre muy impaciente,... tantas cosas que hacía. Así decía la gente de antes, en sus tiempos. En fin, le dejo en paz, *Signore Conde*, que descanse usted.

–Hasta luego, Angela, gracias de nuevo por todo.

Angela cerró la puerta tras de sí, y Julio se quedó viendo cómo se retiraba, pensando en cuán bonita era la muchacha y qué carácter fuerte poseía. Si hasta había logrado decirle nada de lo que le había preguntado, y él no había sabido insistir ni presionarla a que le respondiera. “Vaya con la piba esta. Me deja en sus manos, hecho un huevón”, fue uno de los pensamientos que cruzaron su mente, antes de cerrar los ojos y rendirse serenamente a un ligero pero persistente mareo que terminó echándole en los brazos de Morfeo.

18.

Su siesta no fue tranquila. A poco de entrar en sueños, llegaron las malas visiones y la inquietud. Se vio de nuevo fuera de la cama, parado y revolviendo la vieja, enorme y deliciosamente decorada cómoda de un cuarto; se vio extrayendo de uno de sus perfumados cajones un camión de hombre, de aquellos de los tiempos de María Castaña o la Reina Victoria, que para él eran lo mismo: tenía un bolsillo superior sobre la pechera izquierda con un logograma muy familiar bordado en hilo púrpura; se vio saliendo de su dormitorio y caminar como un sonámbulo por el corredor, hacia su derecha, pasando de largo por una cantidad incierta de puertas idénticas a la de la pieza que acababa de dejar atrás, hasta llegar a un enorme ventanal resguardado por pesados

cortinados de una tela afelpada color obispo. Los recorrió con una mano, la otra pendiendo a lo largo de su cuerpo, y se quedó contemplando hacia afuera: era de noche y la luna, en cuarto menguante, lucía desvaída tras unas desgajadas nubes gris-azuladas. Las copas de los árboles parecían manos disecadas pretendiendo llegar hasta aquella, y parecían balancearse, indecisas, bajo la cambiante voluntad de una persistente brisa que no llegaba a tornarse en viento.

Bajó la vista y echó una lánguida mirada hacia el vasto jardín que se extendía hasta perderse en una oscuridad impenetrable. La pálida luz de la luna iluminaba, sin embargo, lo suficiente como para que pudiera ver claramente hasta unos veinte metros más allá de los muros de la casona; y fue bajo esa luminiscencia que alcanzó a percibir una sombra embozada, que se le antojó debía ser una persona envuelta en una especie de amplio y oscuro manto, que cruzaba furtivamente el parque en dirección desconocida. La aparición repentina del extraño le llenó de una increíble angustia y Julio se aproximó hacia la ventana, hasta que su cara chocó contra el vidrio; sobresaltado, se echó para atrás, lanzando una exclamación. Volvió a mirar, adelantándose con prudencia, pero, para su mayúscula sorpresa, el sujeto había desaparecido. Desconcertado, abrió las ventanas de par en par y se asomó, mirando para todas partes con ansiedad irrefrenable: no era posible que el individuo hubiera recorrido tan rápidamente el tramo que mediaba hasta la zona oscura o hasta alguno de los macizos arbóreos más densos y propicios a ocultarle de su campo visual. Pero era así, porque no vio a nadie por más que forzara la vista y permaneciera por un largo rato al acecho de que regresara por el mismo camino. A lo lejos, oyó un curioso sonido aflautado, que duró apenas unos instantes, hasta que, al fin, fue apagándose en la lejanía de los picos montañosos.

Julio se despertó abruptamente y se encontró rodeado por una moribunda penumbra, que alimentó su ya encendida exaltación. Estaba tenso e invadido por una inexplicable y profunda laxitud, que contradecía aquel otro estado de alteración nerviosa. Unos suaves golpes en la puerta fueron suficientes como para que pegara un respingo asustado.

–¿Quién es? –dijo con voz trémula.

–Angela, *Signore Conde*, hora de su medicina,

excusi... –escuchó la suave y cantarina voz de la joven, que sonó a sus oídos como un bálsamo reparador y potenció su sensación de relajamiento.

La observó mientras entraba y se acercaba hacia su lecho; por primera vez, desde que la viera, comenzó a hacerse una composición general de su persona: a pesar de su abultada vestimenta –que recién ahora se daba cuenta de lo antigua que era, ¡esos modelos debieron dejarse de usar hace cien años!– era evidente que la muchacha tenía un cuerpo grácil y bien formado, y lo mismo sugería lo poco que exhibía de sus piernas –sus torneados y frágiles tobillos–; su rostro era una mezcla excitante de ángel con mirada de destellos diabólicos, exactamente el rostro con el que sueñan tantos hombres: tenía ojos ligeramente almendrados, de un color verde claro pero profundo, que realmente le hacían a uno adherir al dicho de que los ojos son el espejo o las ventanas del alma; y esos ojos suyos solamente parecían, por lo general, transmitir amor y bondad. En cuanto a su rostro aniñado, de ovalado contorno, nariz respingada, labios finos en una boca ligeramente amplia, sin ser exagerada ni discordante con las proporciones generales: todo ello le brindaba un aire de interés excepcionalmente atractivo; ese rostro fascinante estaba enmarcado por bucles y rizos naturales, que caían como cascadas de dorados filamentos que reflejaban la luz, aun en la penumbra del cuarto, al punto de parecer ser, en verdad, el origen de dicha luminiscencia, que rodeaba su bien conformada cabeza como el aura de una santa o el halo fatal de un demonio, según fuera la forma de mirar que adoptara. A medida que la contemplaba, Julio se encantaba más ante la belleza física de la chica: cualquiera fuera el punto en el que enfocara su vista se encontraba con un rasgo armónico, fresco, rebosante de vida; sus cejas, sus orejas, su mentón, sus brazos, sus uñas; miraba aquellas zonas de su cuerpo que antes rara vez se había detenido a observar en otras mujeres.

–¿Se siente usted bien, *Signore Conde*? Parece como si no hubiese descansado nada. ¿Estuvo...? Aahh, *Signore Conde*, usted anduvo levantado, ya veo –dijo Angela con un gesto de contrariedad.

–¿Qué? –exclamó Julio con un ademán nervioso, apretando la punta de las sábanas contra su pecho.

–Se ha levantado, *Signore Conde*, eso digo.

Mire usted, se ha mudado de ropa y se ha puesto el camisón del antiguo amo –le señaló Angela con el rostro serio.

Julio bajó la cabeza mientras levantaba las sábanas y se miraba; se vio vestido con un largo camisón de algodón, originariamente blanco y ahora de un incierto tono marfil, de corte y estilo victoriano o, al menos, de fines del siglo XIX, que tenía un bolsillo en la pechera izquierda con un diseño muy familiar bordado en hilo color púrpura. Y vio, justo frente a él, al pie de la cama y apilado a la *sans façon*, su conjunto de jogging, hecho un revoltijo.

Volvió su mirada hacia Angela y murmuró un débil y angustioso “Dios mío, ¿qué está pasando aquí?”.

19.

Ante la irrevocable e insistente presión ejercida por una muy determinada Angela, Julio se vio obligado a beber el líquido verdoso del Dr. Duval, y a comer la vianda enviada por la señora Delia, so pena de ofenderla y ganarse su eterno encono, algo al parecer muy temido por la joven. Julio se preguntó a sí mismo el porqué de ese aparente temor respecto de la señora Delia, pero como aun no conocía a esta última – y, de hecho, a ninguna de estas personas –, no se animó a cuestionarla acerca de ello. Prefirió ser prudente, en vista de los extraños acontecimientos que venía viviendo ya desde antes de su llegada a los dominios de la familia Scarlatti; porque, ahora, no dejaba de asociar la llamativa actitud de Don Giovanni, en el albergue de Montepulciano, con los sucesos anormales que le habían acontecido hasta el momento.

Y esta dulce chica, angelicalmente diabólica, que hacía rendir su voluntad, comenzaba a resultarle un tanto inquietante. Porque la bondad y el amor de sus ojos, de a ratos, cambiaban como un cielo límpido y luminoso que, sin el menor preaviso, reflejara las llamaradas de extensas pasturas devoradas por el fuego. Qué decir del resto de los personajes que conociera hasta entonces: Vípero, un vástago de la familia del tal Garivotte, que dice haberse “vuelto bueno”; ¿Garivotte era malo? ¿Su padre le pegaba,... su abuelo? Por algo maldijo a sus parientes ascendentes. El doctor Duval, que, a esta altura, no le cabía duda alguna era el “matasanos” de la

comunidad rural que gobernaba el nombre Scarlatti, y bien rústica que era esta gente, por cierto. No había conocido persona con peor gusto y falta de idea para combinar colores y texturas, ¡por Dios! No... si había venido a parar a un coto de bastos campesinos; esta gente parecía vivir cien años atrás, ¡en pleno siglo XXI!

—No me iré de la habitación hasta ver que duerme usted bien, *Signore Conde* —le sobresaltó el comentario de Angela, arrancándole de sus disquisiciones.

—No es para tanto, Angela, puede retirarse, si es que tiene otras cosas que atender. Yo trataré de dormir un rato. A propósito, ¿qué hora es? —dijo con cierta prisa, como para disimular su ensimismamiento.

—La hora de que descanse usted de verdad, *Signore Conde* —contestó Angela con un mohín que pretendía burlarse de la seriedad de sus palabras.

—...

—¿Le agradecería que le narre un cuento para facilitarle el sueño? —le preguntó, de repente, la joven.

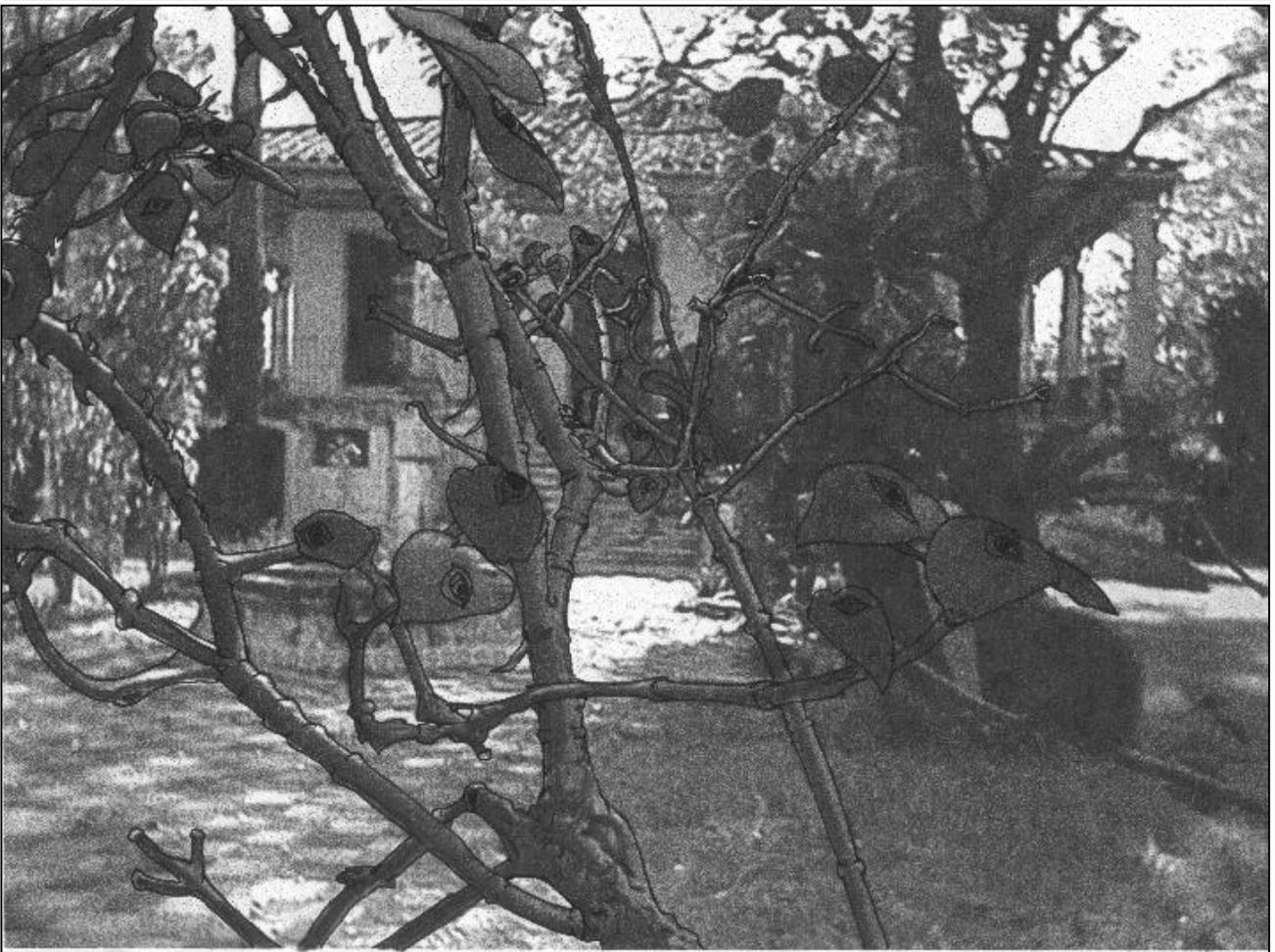
—¿También cuenta cuentos, Angela? —preguntó Julio sin salir de su asombro, tanto por su pregunta como por la capacidad que sus palabras manifestaban.

—Oh, sí. Mis familiares eran grandes bardos, desde siempre. Conozco bien todas las leyendas de la región, *Signore Conde*. No sabré leer tan bien como las señoritas educadas en los colegios, pero sé escuchar, y, desde chiquita, he oído y aprendido las tradiciones de mis mayores.

—Cuénteme algo sobre la región, entonces —dijo Julio sonriendo levemente, y pensando qué sacaría de provecho de ese relato.

—Bueno. Este lugar y sus alrededores, hace muchísimos años, tantos que nadie puede decirlo, pertenecía a lo que los romanos, mucho después, llamaron *Etruria*. De hecho, toda la zona era el corazón del país de los etruscos. ¿Sabe cómo nació Etruria? ¿No? Se dice que estaba una vez un campesino arando su campo cuando, de pronto, se abrió un surco profundísimo en la tierra; el campesino abandonó su instrumento y corrió a esconderse tras unas grandes rocas. Desde allí vio que del suelo agrietado surgía una apretada niebla blanquecina, que se iba esparciendo a diestra y siniestra, lenta pero segura. De improviso, vio la silueta oscura de una figura pequeña, no más alta

que un niño de siete. Y, efectivamente, era un niño, en su cuerpo, en sus miembros y en sus rasgos. El infante salió de la grieta con cierta torpeza, pero pronto recuperó la compostura, giró sobre sí mismo, una vez para un lado, y otra para el otro, como buscando a alguien. El labrador, todavía escondido en el pedregal, no se atrevía a mover, ya que no tenía dudas de que el pequeño no era un mortal, sino una criatura de otro mundo. Pero, sin que supiera cómo, se vio impulsado a acercársele, y, cuando el niño le vio, se sentó al borde de ese abismo vaporoso, el cual no dejaba de escupir aquella niebla que, de a ratos, parecía tener vida propia, y le instó a aproximarse a él. El aterrado hombre así lo hizo, y, cuando estuvo cerca suyo, se percató de cuál había sido la causa de su impulso: la belleza divina de su rostro, la pureza radiante de su semblante. Nunca en su vida toda había contemplado tamaña hermosura, al grado de herir las emociones en su alma humana. Entonces, el niño habló, habló con el lenguaje de los hombres y la voz de los dioses; las palabras surgían de sus perfectos labios como las aguas cantarinas de los arroyos de las altas montañas, con la frescura del primer día de la primavera, con el aroma de las flores silvestres de los campos maduros, con la vibración de los yunques de Vulcano. Y decía que su nombre era Tegens y que debía reunir a toda su gente, que fuera y le trajera junto a él, que le había elegido para guiar a los suyos; y, mientras el campesino atónito escuchaba todo esto, se dio cuenta de que, alrededor de ellos, habían empezado a juntarse otras personas, al principio no muchas, luego, muchísimas. Y el pequeño dios seguía hablando, y les decía que les diría todo aquello que debían hacer a partir de entonces, que ellos lo escribirían y repetirían esas cosas para beneficio suyo y de ellos mismos, que si seguían los ritos, la fortuna y la gloria no les abandonarían jamás. Y los hombres reunieron a aquellos de entre ellos que conocían el difícil arte de fijar las voces con signos, y les pusieron delante de todo el grupo, a fin de que tomaran nota de la enseñanza que Tegens les legaba. Estaban orgullosos de haber sido elegidos por el dios, y, a través del discurso de la añorada divinidad, entreveían un futuro venturoso, pleno de riquezas y grandeza, el porvenir de la tierra etrusca. Y, entonces, Tegens proclamó al labriego como su representante en la tierra, convirtiéndole en el primer rey, y, a su esposa, en la primera



reina y sacerdotisa de su culto. Así, de simples campesinos se convirtieron en soberanos. Esta es la leyenda del origen de Etruria, nuestra tierra y nuestro pueblo” –concluyó Angela con sus ojos verdes encendidos por el fuego de la pasión.

–Me ha dejado de una pieza, Angela. Si esperaba que fuera a dormirme con este relato, se ha equivocado usted –expresó Julio boquiabierto.

–Oh, no fue mi intención, *Signore Conde*. En realidad, esperaba que le aburriese hasta dormirme –dijo Angela, algo desalentada, y agregó con infantil entusiasmo –. Quizás una canción sea mejor, ¿no le parece, *Signore Conde*?

–Angela, le agradezco infinitamente, pero le ordeno que me deje a solas. Su cuento me ha insuflado nuevas energías y le garantizo que estaré perfectamente... Haga algo por mí, por favor, retire la vajilla y dele mis felicitaciones a De... a la señora Delia por su comida, estaba deliciosa. No queremos que se ofenda, ¿no es así, Angela?

–Como usted mande, *Signore Conde*, pero... –

balbuceó la chica, bajando la vista y juntando las manos sobre su regazo.

–Así lo quiero –dijo Julio de forma que no admitía réplica. Vio que la muchacha se levantaba, tomaba la bandeja y hacía una reverencia, antes de retirarse sin mirarle de nuevo. Antes de que cerrara la puerta, la escuchó tararear una tonada de tintes nostálgicos.

Por cierto, no era ninguna canción de moda.

20.

“¿Qué edad tendrá esta Angela? Cuando la miro me parece, de a ratos, una adolescente, y, por otros, una nena. ¡Lo que es innegable es que es lindísima!”, se decía Julio una vez que la muchacha abandonó el cuarto. Se revolvió inquieto en el lecho; parecía ser que el jarabe del Dr. Duval y el relato de Angela le hubieran despabilado totalmente. Y algo tendría que ver, también, el delicioso tentempié de la señora Delia. Efectivamente, el malestar y los mareos habían

desaparecido o, al menos, no le acosaban por el momento. “Después de todo, debo tener *la fiaca* nomás”, se dijo, a la vez que se desperezaba con soltura, revolcándose con placer sobre la amplia cama.

–Aaahhh..., nada como sentirse bien –expresó al aire. Entonces, se dio cuenta del camisón que traía puesto. Pasó las palmas de sus manos por los costados de su cuerpo y se reclamó a sí mismo:

–Bueno, mejor me quito esta antigüedad y me pongo de nuevo el *jogging*. Me siento ridículo con esto.

Se levantó de la cama con decisión, se sacó la ropa de cama de su antecesor, y se puso a doblarla con delicadeza. “No debo ser indiferente a quien llevó esta ropa antes que yo”, pensó mientras terminaba, acariciando con la yema de los dedos el emblema familiar bordado en el bolsillo. Todavía le intrigaba: ¿qué habrá querido representar el artista? Se dirigió con el bulto hasta la cómoda, abrió el cajón superior izquierdo y lo

guardó. Cuando cerraba la cajonera, se detuvo a pensar si ese era el sitio de donde lo había tomado dormido –y si así fuera, cómo diablos lo había sabido–, o si, simplemente, lo estaba poniendo en donde se le ocurría a la casualidad del momento.

El primer pensamiento despertó una cierta aprensión en él, porque significaría que el sueño extraño que había tenido hace poco, mientras ¿dormía? la siesta, era más que una mera ilusión, pero, ¿qué era entonces?

Es más, sentía una enorme sensación de *extrañeza*, como de *disociación* irrazonable, que no podía entender ni explicar, por lo que la atribuyó al malestar general que había estado padeciendo desde su arribo a la finca. Por otra parte, también se veía asediado por una peligrosa curiosidad, al grado de encontrarse en la situación de decirse a sí mismo, en voz alta:

Ese embozado del sueño..., ¡qué ganas de saber quién era y adónde iba!



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2000-2002 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno